

rividencia y energía en el manejo del espinoso problema.

La solución pacífica del problema argelino no sólo significa paz para la sufrida Argelia, sino que arranca de Europa toda la pesadilla de un vecino y peligroso foco de conflagración mundial.

Ojalá todos los franceses (especialmente los agrupados en la O.E.S.) logren comprender que la grandeza de su Nación no se cimentó nunca en esos kilómetros de tierra africana y mucho menos en las terribles matanzas de los últimos meses, como, en su oportunidad, lo señaló el Episcopado francés. ♦

## literatura

# el rey david

## visto por e. squirru

● PEDRO MIGUEL FUENTES, S. J.

**S**I yo fuera David y Squirru Betsabee (librelo Dios), le haría las mismas preguntas que el rey-poeta:

David. — Y, ¿qué opinas?

Betsabee. — ¿De qué?

David. — *De todo: de la música, de la belleza, de la vida, del amor*".

Porque en el fondo es Squirru (1) y no Betsabee quien responde:

*"Amo la vida, mi señor. Creo que es una sola y por lo tanto, hay que vivirla con el mayor ardor.*

Por supuesto que esto de vivir con el mayor ardor lo sentimos todos —al menos los que no nos eliminamos—, pero lo interesante es saber qué entiende cada uno por vida y qué por vivir la vida "con el mayor ardor".

\* \* \*

Eduardo Squirru es un escritor novel que ha entrado en la literatura con actitud —aunque él se sienta otra cosa— de joven iracundo.

Aparentemente sigue una de las líneas más puras del teatro clásico francés.

(1) EDUARDO SQUIRRU, "El Rey David" (Drama en cuatro actos). Ediciones del Hombre nuevo. Buenos Aires, 1961.

Cuando yo leo las dos obras que hasta el presente nos ha entregado (2) pienso de inmediato en el drama Bíblico de Racine. Racine prefería a las heroínas del Antiguo Testamento; Squirru a los héroes. Racine más escritor; Squirru queriendo serlo. Los dos escribiendo teatro, y quizás, en el fondo, los dos con vocación de líricos. Porque los dos son fieles, en lo esencial, al texto bíblico; los dos saben dramatizar, pero cabalغان más a sus anchas cuando el diálogo se convierte en monólogo de larga interioridad canalizada en palabras. La acción no interesa; ni siquiera los personajes. Lo importante es el desborde anímico, la visión de vida de David o Betsabee, máscaras del autor. Por eso sólo importa el personaje que vehicula a Squirru; los otros se diluyen sin lineamientos. El mismo trozo bíblico seleccionado es una excusa. David es un hombre del siglo XX. Lo cual no significa que su rostro de antigüedad esté desfigurado. La cosa es más simple —o más complicada, según se mire—: Squirru toma a David y proyecta

(2) En 1961 y en la misma Colección, E. Squirru nos entregó "La tragedia del Rey Saúl". Cfr. "Estudios", agosto, 1961, Nº 526.

sus características personales, a través del tiempo, hasta nuestros días. Los personajes, el escenario, el lenguaje, etc., son los bíblicos, pero problematizan la existencia desde la visual de hoy. No se trata de anacronismos ni de desfiguraciones psicológicas. El tránsito es conatural; armónico. Lo cual no deja de ser un gran mérito del joven dramaturgo.

\* \* \*

Dije que Squirru era un "iracundo" literario. Yo no sé si la expresión le cuaja con exactitud. Tal vez sea mejor decir que es un chúcaro literario. Su drama —como su persona— entra taconeando fuerte, a los gritos, casi olvidándose de llamar a la puerta. Aunque Ud. no le pregunte, él dice multitud de cosas —eso sí, siempre dice "algo"—. Pregunta, responde (se pregunta y se responde a sí mismo); poco le importa si Ud. piensa o no como él; poco le interesa si lo que él piensa lo pensó otro antes. El lo ha sacado de su propia cosecha y no es cuestión de fijarse quién le vendió el grano: murió y rebrotó en su tierra; es suyo y basta.

Siempre resulta simpático un escritor así, porque es personal. Entre nosotros, me recuerda —y la analogía no es comparación— al viejo Sarmiento o al nuevo Dalmiro Sáenz. Podrán decir cosas sublimes —o disparates—, pero los leemos gustosos porque saben ponerle el sello de fábrica. De repetidores estériles estamos cansados. Sólo la gente personal puede aportar algo positivo.

Squirru, pues, es una personalidad chúcaro. Por supuesto que mucho de lo que dice lo han dicho otros antes que él. Pero él lo dice desde él; es suyo y de nadie más.

Y bien; ¿qué opina Squirru "de todo"? Por lo pronto, que para comprender y vivir la vida el ser debe llegar a su máxima vibración, pasando, para ello, por encima de todo y de todos. La vida nos hace un llamado desde dentro y desde fuera de nuestra existencia. La fe ciega

en ella es nuestra respuesta cabal al llamado:

David. — *¿Qué sientes?*

Betsabee. — *Que me ibas a llamar. Que te iba a encontrar. Que todo lo que bullía adentro mío, se iba a realizar. ¡Creí, siempre creí!*

Crear en la vida y aceptarla tal cual es; en una constante actitud de asombro y admiración; sin preocuparnos demasiado por lo irreparable y lanzándonos, con fruición, a lo único que cae bajo nuestras manos: el presente y la preparación del porvenir.

Ser hombre significa precisamente eso, saber enfrentar la existencia. El ser humano no se define tanto por su muerte cuanto por su vida y su empuje ante ella:

David. — *Para ser hombre no basta no tener miedo a la muerte, tampoco hay que tenerlo a la vida".*

Y la vida del hombre no es sólo espíritu. El hombre vive el maravilloso matrimonio de cuerpo y alma: "Nuestro cuerpo expresa nuestra alma". Y a través del cuerpo también nos es revelado el misterio fundamental de la existencia: la creación, los otros y Dios. Pero, en contrapartida, ninguna verdad es tal si no emerge de la interioridad del alma:

David. — *Este Dios no es comprendido por nadie. Es único. Es todo. Tal vez, tengas un reflejo de El cuando descubras alguna gran verdad de la vida o de la naturaleza. A mí me fue otorgado el don vidente y puedo ver dentro de las almas. Pero si consigues ver dentro de la tuya se te va a aclarar el sentido de todos los misterios.*

La visión interior de la verdad es la única que capacita al hombre para vivir la existencia, porque de esta interioridad clarividente brota el torrente de "lo que es".

Yo no sé si desfiguro el pensamiento íntimo de Squirru a través de sus frases cargadas de vehemencia. Pero le preguntaría: ¿qué es anterior: la verdad o nuestra visión de ella? Y más precisamente: ¿la verdad posee por sí misma una obje-

tividad o es un efecto de nuestra visión vital subjetiva? La respuesta de Squirru me orientaría en esta última dirección:

David. — *No estamos en la Verdad porque Dios nos haya elegido, sino que Dios nos ha elegido porque estamos en la Verdad.*

.....  
*Miremos a Elohim, no como una deidad más, sino sintiéndole en nuestra conciencia vestido de Amor, de Coraje y de Belleza, y sobre todo de Vida. Porque vamos a crear nuestro Dios con nuestras vidas y vamos a exterminarle si nos detenemos en cualquier falsedad o mentira.*

Las palabras de Rilke vienen espontáneas a mi memoria:

*“¿Qué harás tu, Dios, si yo perezco? Conmigo pierdes tu sentido”.*

Es verdad que cada uno de nosotros se forja un Dios subjetivamente —“nuestro Dios”—; es exacto también que “elegimos” a Dios por una opción irremplazable, pero no es menos cierto que todo ello es posible al hombre porque, por encima e independiente de él, Dios existe y porque, con anterioridad a la elección humana, “fuimos llamados”, como escribe S. Pablo. Squirru parecería merodear chúcaramente por las fronteras del vitalismo. Es cierto que después añadirá:

*“Yo sé que no hay más felicidad que en la Verdad, y que no hay más Verdad que en el YO-SOY”, pero si ese YO-SOY es hecho por el hombre corre el certero riesgo de perecer con el hombre que lo fabricó.*

\* \* \*

Con sus aciertos y sus errores Squirru nos ha ofrecido una pieza capaz de abrir rumbos en nuestra literatura. El mismo protagonista elegido es su mayor acierto y patentiza su ojo certero. El rubio David, pastor y poeta, campesino y rey, pasional y místico, es la encarnación de todo lo que significa vivir plenamente una existencia.

Un hombre que es capaz de degollar leones y gigantes y simultáneamente llorar la muerte de su enemigo, que salta dionisiacamente poseído de amor ante su Dios y se abalanza después hambriento de placer sobre Betsabee, que fríamente ordena matar y llora inconsolable ante el traidor Absalón atravesado y suspendido del árbol, que insulta furioso y calma a los furiosos con la dulzura de sus poemas, es la vida misma en su pujante y descontrolado devenir. La vida en su expresión más primigenia, síntesis de primitivismo y cultura, de instinto y refinamiento.

David es un enloquecido por la vida. Por eso, frente a Absalón o Amón, que sólo ambicionan placer y dominio, exclama decepcionado:

*“¡Con qué poca cosa se conformarían!”*

En cuanto a él, su testamento a Salomón es la expresión perfecta:

*“Cree en la vida, no te avergüences de ella, porque ella rebalsa las fronteras de las instituciones. La vida es más que las instituciones, y es eterna. Cree en el Amor, y aunque haya caridad en tus acciones escondidas, no te avergüences de ponerla en música o en poesía.*

.....  
*Persevera en el camino íntimo y secreto del Universo. Hasta en las cosas más pequeñas hay un orden y una ley inexorable que debe cumplirse. Compréndelo y vive como viví yo, enamorado de cada detalle de la vida: desde los rebaños de las ovejas en el campo y las cinturas ondulantes de las hembras hasta la marcialidad y la destreza de los escuadrones en la guerra”.*

El drama se cierra con la muerte de David, pero como diría el rey agonizante:

*“Aun con el sueño eterno pesándome en los párpados, quiero trasmitirte el gran sentido de las cosas de esta vida, que es el de todas las vidas”.*

Y no sabemos de quién brotan más espontáneas esas frases: si de los viejos labios de David o de la joven pluma de Eduardo Squirru, que a través del drama va delineando su alma. ◆